

Autores materiales y materia del delito

Una lectura de Cartas Cruzadas y otras narrativas del narcotráfico

Gabriela Polit Dueñas¹

Este trabajo es parte de una investigación más amplia en la que analizo el impacto y la representación del tráfico de drogas ilegales en la literatura. Mi investigación se concentra en tres países, México, Colombia y Bolivia, porque han sido los más afectados desde la declaración de la “Guerra contra la drogas” en 1986, por el ex presidente Ronald Reagan.

Si bien lo que les es común a estos tres países respecto a la droga es la enorme demanda de los Estados Unidos, hay que comprender que el desarrollo y consolidación de los grupos dedicados al tráfico de drogas ilegales han tenido y tienen una situación muy distinta en cada uno de ellos. La situación de México, antiguo pro-

veedor de opio y sus derivados—incluyendo la heroína— a los Estados Unidos no es comparable con la de Bolivia, cuyo cultivo de coca está vinculado con prácticas ancestrales que nada tienen que ver con el relativamente reciente boom de la cocaína. Colombia, por su parte, no es un país productor sino desde los años ochenta cuando también se convierte en el principal proveedor de cocaína a nivel mundial. Estas diferencias están dinamizadas por la relación que los grupos de narcos locales establecen con el estado central y, por lo tanto, tienen que ver con la historia

¹ Profesora del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Texas en Austin.



La fuerza de las mafias –como bien afirman los expertos- solo existe en la medida que establecen una equilibrada relación con el poder estatal.

política de cada país. El uni-partidismo mexicano no se parece en nada a la inestable democracia boliviana y menos aún al resquebrajado estado colombiano. La fuerza de las mafias –como bien afirman los expertos- solo existe en la medida que establecen una equilibrada relación con el poder estatal. Huelga decir que todas estas diferencias articulan una representación simbólica del narcotráfico de manera distinta en cada uno de estos países.

Desde que las drogas son asunto de seguridad de estado, todas las actividades relacionadas con su cultivo, transporte y consumo se han convertido en crímenes de primer orden. Este cambio de percepción que se establece dramáticamente en el último cuarto del siglo pasado, se registra en el código de una moral frágil, porque el tráfico de drogas ilegales es un mundo del que poco se conoce y del que mucho se juzga (pienso en lo que históricamente ha sido y es para los campesinos el cultivo de amapola en el norte de México, o el de coca en El Alto y el Chapare boliviano, e incluso en formas de contrabando que estuvieron aceptadas como medios legítimos de sobre vivencia entre los habitantes de la Guajira colombiana). Los cambios más sobresalientes de los discursos en torno a las drogas han dado pie al renacimiento de antiguas retóricas

racistas en el caso boliviano, regionalistas en el mexicano y en cierta medida en el colombiano. La guerra contra las drogas ha servido para legitimar la intervención militarizada de los Estados Unidos en los países andinos y últimamente en México, con el Plan Mérida. A pesar de esta Guerra, no se ha disminuido ni la oferta ni se ha controlado la demanda de sustancias. Por el contrario, se han intensificado los riesgos en el negocio –porque a mayor violencia por parte del estado, mayor violencia por parte de los narcos- magnificándose además sus ganancias.

La representación simbólica de todo este fenómeno sea quizá más conocida a través de los controversiales ‘narcocorridos’ en el caso mexicano. La literatura, sin embargo, también ha colaborado en la representación del narcotráfico. Como en todo fenómeno de esta magnitud, hay obras que de manera inteligente o seductora al menos, comercializan con estereotipos, creando universos maniqueos en los que es fácil distinguir el bien del mal. Pero también hay obras que desarticulan las dicotomías simplistas y nos confrontan con esa verdad siempre ambigua, siempre resbaladiza que es la esencia de la condición humana. En la primera parte de este ensayo voy a describir un grupo de novelas que se ocuparon del narcotráfico en Colombia y que se publican durante la década de los noventa, hasta principios de la década actual. Más que un análisis literario, aquí describo el fenómeno cultural que se conoció como la sicaresca y explico su evidente deuda con el narcotráfico. La segunda parte de



A pesar de esta Guerra, no se ha disminuido ni la oferta ni se ha controlado la demanda de sustancias. Por el contrario, se han intensificado los riesgos en el negocio –porque a mayor violencia por parte del estado, mayor violencia por parte de los narcos- magnificándose además sus ganancias.

mi trabajo, es el análisis de *Cartas Cruzadas*, novela de Darío Jaramillo Agudelo publicada en 1995. Pese a ser una de las obras menos comercializadas en la época en la que el sicario era el principal protagonista de la narrativa colombiana (si la comparamos con *La virgen de los sicarios* o *Rosario Tijeras*), es también una de las que mejor ilustra los graves procesos de descomposición social que el auge del dinero caliente suscitó en el país. El relato ofrece una mirada introspectiva que muestra una Colombia despiadada y sin derrotero; pero además es una obra que crea su propio linaje y nos recuerda a los lectores, que la literatura - aun el más crudo realismo- obedece a un registro propio.

Un breve recorrido histórico

Los grupos dedicados al tráfico de drogas ilegales aparecen en Colombia hacia finales de los años sesenta, cuando los miembros del Cuerpo de Paz descubren una marihuana de altísima calidad en la zona de La Guajira. Esta hierba conocida como la Santa Marta Golden fue objeto de comercio de unas manos norteamericanas que la enviaban desde Colombia hacia otras manos norteamericanas que las recibían y distribuían en los centros de consumo en los Estados Unidos. El negocio de la cocaína comienza años después, a mediados de los setenta, e involucra en su transporte y distribución a colombianos que trabajan tanto en el lugar de envío, Colombia, como en el lugar de destino, los Estados Unidos. Con la crisis financiera de los setenta, que afectó a todas las áreas productivas del país, se genera un éxodo masivo de colombianos hacia Estados Unidos. Entre ellos está la mano de obra de la distribución de drogas en este país en los años siguientes. Esta misma crisis financiera ayudó a cooptar a personas de sectores bajos, medios y altos que se quedaron en Colombia y estaban dispuestas a participar en un negocio que daba réditos económicos inmediatos con –hasta ese momento- bajos riesgos².

No es sino hacia finales de los años setenta cuando se empiezan a establecer evi-

2 Las fuentes para reconstruir esta breve historia son Soren Gootenberg. “The ‘Pre-Colombian’ Era of Drug Trafficking in the Americas: Cocaine, 1945-1965”. Paper presented in LASA, Montreal: September, 2007. Alonso Salazar. No nacimos pa’semilla. Bogotá: Norma, 1990. Alonso Salazar y Ana María Jaramillo. Las subculturas del narcotráfico, Bogotá: CINEP, 1993. Juan Tokatlián. Globalización, narcotráfico y violencia: siete ensayos. Norma: Bogotá, 2000. Francisco Thoumi. “Por qué razón un país produce drogas y de qué manera esto determina la eficacia de una política: Un modelo general y algunas aplicaciones al caso de Colombia”. Conference delivered in the Cátedra UNESCO Meeting Transformaciones económicas y sociales relacionadas con el problema internacional de las drogas”, IISUNAM, México City: February 25, 2004. Libardo Sarmiento y Ciro Krauthausen. Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.





dentes vinculaciones entre el narcotráfico y el campo político y es en esta época en la que el entonces presidente Julio César Turbay firma un acuerdo de extradición con los Estados Unidos. La declaración de la “Guerra contra las drogas” que consolida al narcotráfico como un problema de seguridad nacional afianza la amenaza de poner en práctica esta ley y esto desencadena una crisis. A pesar de que Colombia fue víctima de una violenta reacción de los narcos, es importante reconocer que el narcotráfico no es el principio ni el fin de la violencia en Colombia. Una mirada histórica –como la que ofrece Mary Roldán en su clásico libro *Blood and Fire*– ya predice que la mayor incidencia del narcotráfico era la de lubricar antiguas formas de violencia que habían constituido la realidad del estado colombiano y su relación con los grupos paramilitares y las guerrillas. Tampoco en sus usos de violencia son originales los narcotraficantes. Los trabajos de María Victoria Uribe anotan que las masacres cometidas por los narcos en los noventa reproducen antiguos repertorios de violencia que predominan en el territorio colombiano desde los años de “La Violencia”³.

En su momento, sin embargo, la feroz reacción de los capos ante las contradicciones y la incapacidad de la elite política de resolver legalmente su situación, ayudó a construir un mundo maniqueo que de alguna manera –en su representación pública al menos– borraba antiguas tensiones entre los grupos armados que históricamente habían estado enfrentados –el estado, los paramilitares, la guerrilla. Aparecen los términos narcoguerrilla y narcoterrorismo como expresiones retóricas que hacían del narcotráfico una fórmula útil para explicar los males de Colombia y que ponían a su larga historia de violencia en un hiato⁴.

Pero la violencia del narcotráfico en el ámbito público tiene una fecha de nacimiento: en 1984, cuando un par de muchachos en moto se acercan al Mercedes Benz en el que viajaba el entonces Ministro de Justicia del Presidente Belisario

3 En el epílogo de su libro Roldán afirma que el narcotráfico, la disidencia política, la insurgencia de la izquierda, la criminalidad y la desobediencia civil se los denomina, indiscriminadamente, con la palabra con que se menciona al habitante de las comunas, al sicario.

4 Uno de los primeros libros que habla del problema del tráfico de drogas ilegales es *Los jinetes de la cocaína* de Fabio Castillo (Bogotá: Editorial Documentos Periodísticos, 1987). Desde un punto de vista histórico, una de las valiosas contribuciones de este libro, que en muchas instancias carece de referencias a las fuentes, es que en él se muestran los sentimientos generalizados que despertaron los narcotraficantes en esos primeros años de su aparición pública. El papel que jugó Pablo Escobar Gaviria en estos años está reportado en varios libros y estudios. La parábola de Pablo: auge y caída de un capo del narcotráfico, de Alonso Salazar (Barcelona: Editorial Planeta, 2001), ofrece una visión general y problematizada del capo como personaje y como protagonista del horror de Colombia en estos años.



Betancur, Rodrigo Lara Bonilla, y lo matan a sangre fría. El pecado de Lara Bonilla fue afirmar que su responsabilidad como Ministro era la de limpiar al país de los narcotraficantes. Su compromiso –y su muerte– marcan el hito que determina que el tráfico de drogas ilegales dejaba de ser un delito común para convertirse en un crimen de estado. El Ministro había sacado a la luz juicios pendientes que Pablo Escobar tenía con la justicia y que, por obvias razones, habían quedado en los archivos. Con su muerte la sociedad colombiana se divide entre buenos y malos, y con ella se legitima la respuesta del estado frente a la presencia de los que desde entonces serán llamados “Los Extraditables”. Esto desencadena una década de horror, fruto de lo que se llamó el narcoterrorismo y que no encuentra fin sino hasta 1993, con la muerte de su principal gestor, Pablo Escobar Gaviria.

El asesinato de Lara Bonilla estuvo reportado con la foto de los dos niños que lo mataron. El uno Iván Darío Guizado Alvarez, quien disparó contra el ministro, murió al caer de la moto y sufrir una fractura de cráneo. Le sobrevive el conductor Byron de Jesús Velásquez Arenas, nombre que combina la mística que se le atribuye al sicario: ángel de lo perverso⁵.

Las caras de la violencia

La violencia de los años siguientes se presenta en un código propio que se articula alrededor de esos nuevos agentes sociales que habían matado a Lara Bonilla, los asesinos de la moto –niños habitantes

de las comunas de Medellín y de Bogotá– seducidos por el dinero del narcotráfico y que ahora pasaban a ser ‘sicarios’. A estos autores materiales, eslabones sueltos de un engranaje complejo de corrupción, doble moral y ambición, se los interpela jurídicamente, aunque ninguna otra instancia o persona es interrogada⁶.

En sus reflexiones sobre los legados éticos de Auschwitz, Giorgio Agamben afirma que una de las grandes trampas del pensamiento contemporáneo es confundir la ética con la justicia. Según Agamben los juicios a los miembros de las SS son los mejores ejemplos de esta confusión porque el proceso jurídico, cuyo presupuesto es la culpa y el respectivo arrepentimiento, estructuró para muchos el restablecimiento de un orden ético. Como Agamben afirma, el juicio jurídico es un fin en sí mismo y en nada aclara el conflicto ético que Auschwitz sucitó⁷.

El súbito protagonismo de los sicarios de alguna manera tiene un eco en las reflexiones de Agamben, porque el sicario es el personaje a quien se le somete al

5 Le debo esta aguda observación a Angela María Pérez-Mejía.

6 Es importante comprender que en este tiempo no hay leyes para procesar a los narcotraficantes. Las autoridades que querían establecer leyes estaban por un lado, muy comprometidas con la idea de “extradición” o, en su defecto, paralizadas por las tremendas amenazas que caían sobre ellos y sus familiares por parte de los narcos. La lista de gente que murió durante esos años después del asesinato de Lara Bonilla es muy larga.

7 Giorgio Agamben. Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III. Pre-Textos: España, 2005. Ver especialmente las secciones I y II.



La literatura no escapa a este universo maniqueo, por el contrario, se alimenta de él. Los sicarios se consagran como personajes que divagan entre la realidad y el mito...

criterio de la justicia para restablecer una idea de orden social. Los habitantes de las comunas, parte de los desechables, como se los ha dado en llamarlos en años recientes, son el mejor chivo expiatorio para explicar el origen moral de las desgracias de la sociedad colombiana. Los habitantes de la comuna son los extraños a los que se los demoniza para purificar al resto de la tribu. Así, en el imaginario colectivo, se dio algún sentido a la muerte de Lara Bonilla en 1984⁸.

La literatura no escapa a este universo maniqueo, por el contrario, se alimenta de él. Los sicarios se consagran como personajes que divagan entre la realidad y el mito, y esto los convierte en poderosos atractivos para la creación de ciertas obras que reproducen estereotipos y en muchos casos no tienen que seducir a los lectores ya informados y hasta convencidos de lo que leen. Esto explica en parte el fenómeno que se conoció como la sicaresca en Colombia⁹.

Las primeras obras sobre sicarios aparecen en los noventa en la crónica y en el cine. Víctor Gaviria escribe el guión de su primera película, *Rodrigo D, no Futuro*, una historia que muestra cómo los muchachos de las comunas de Medellín sortean su suerte con la muerte. Aunque el guión es de Gaviria, la historia nos la cuentan ellos en su lenguaje y con sus cuerpos. Gaviria

no nos explica a los muchachos, no los redime en su historia, preserva al máximo su visión del mundo, del honor, del amor y de la violencia como herramienta para sobrevivir. En nada se parece la visión que Gaviria da de la comuna a la que en ese mismo año Alonso Salazar da en su famosa crónica *No nacimos pa' semilla*. En este libro los asesinos de la moto explican porqué y cómo se dedican al negocio de la muerte, cuáles son las trayectorias personales y colectivas que los han metido en ese mundo desbarajustado. En su afán de acercarnos más a sus historias, Salazar añade a su libro un glosario final en el que su explicación se torna exhaustiva. Las preocupaciones de Gaviria y de Salazar son las de comprender la vida de los muchachos en las comunas, pero las suyas no fueron las únicas miradas hacia los sicarios.

Está la ficción. La obra más conocida, *La virgen de los sicarios*, publicada en 1994 por Fernando Vallejo, se vuelve famosa en 1997, cuando es traducida al francés y se termina de consagrar en el 2000, cuando

8 Sigo las ideas de Rene Girard acerca del efecto del chivo expiatorio: "a través del cual dos personas se reconcilian a expensas de un tercero que aparece como culpable de lo que los aqueja..." (la traducción es mía). René Girard. *Violence and the Sacred*. Baltimore: John Hopkins U.P., 1977, p. 12. Girard llama a este un extraño e inconsciente proceso que en este artículo considero crucial para comprender la ubicua presencia de los sicarios en muchos trabajos artísticos en la Colombia de los años noventa.

9 Desde el punto de vista de la comercialización de estas novelas y la nueva imagen de las ciudades latinoamericanas, ver los trabajos de Herrera-Olaizola. Alejandro Herrera-Olaizola. "Se vende Colombia, un país de delirio": El mercado literario global y la narrativa colombiana reciente". En: *Symposium*. Vol. 61, 1. Spring 2007. (43-56).





Barber Schroeder hace una película con el guión del mismo autor.¹⁰ A esta obra le siguen *Rosario Tijeras* en 1999 de Jorge Franco y *Angosta* de Héctor Abad Faciolince del 2000¹¹. En estas obras el sicario tiene un papel central porque para él la muerte es una mercancía como cualquier otra. Aparece, además, como un personaje cuyo lenguaje hay que traducirlo; su cuerpo está inscrito por una cicatriz que lo marca como sobreviviente de una muerte vecina, haciendo evidente su condición de desechable, y que a la vez permite convertirlo en objeto de deseo tanto de la escritora como del deseo sexual. Los protagonistas de estas tres novelas sufren una fuerte atracción física por los sicarios –hombres y mujeres– y esa atracción es el motor de la narrativa. Se combina la sexualización del sicario y la violencia como una fórmula para narrarlo: se establece además una estética afín a lo que hegemonícamente representaba el sicario, la mano visible del narcotráfico y origen de los males en Colombia¹².

Distinta a estas obras, pero considerada por muchos como parte del fenómeno

de la sicaresca, está *Noticia de un secuestro*, la crónica en la que García Márquez ejerce con usual maestría su prosa periodística para contarnos el drama humano de los secuestrados por los narcotraficantes durante los años noventa. La intensidad del relato sobre la experiencia personal y colectiva del secuestro, la reclusión y el asesinato de algunas de las víctimas, deja poco espacio para observaciones intelectuales respecto a la posición de culpables e inocentes. Tal como propone su autor, en este relato hay un grupo de víctimas, personajes heroicos, y el grupo de sus victimarios, villanos amorales, doctores, choferes, abogados y asesinos a sueldo pagados por los narcos. Sin embargo, como bien asegura María Helena Rueda, el verdadero protagonista de este relato es el estado que, a pesar de las limitaciones para resolver el conflicto con los narcos, aparece como la única instancia que puede hacerlo. La paradoja es que en los rescucios de este drama, y quizá en una segunda lectura, llama la atención, sin embargo, la impotencia de la clase políti-

10 Erna Von der Walde Uribe. “La novela de sicarios y la violencia en Colombia”. En: Iberoamericana, Madrid: Editorial Vervue, Vol. 1, 2001.

11 Sobre las películas basadas en estas novelas están los trabajos de Héctor Fernández L’Oeste. Hay otras obras del cine que aparecen años después, Cuadernos de Medellín (Catalina Villar, 1998); La vendedora de rosas (Víctor Gaviria, 2000); La Sierra (Scott Dalton y Margarita Martínez, 2005).

12 Slavok Zizek observa que la sexualización del otro se convierte, en muchos casos, en la única manera de representarlo. Ver especialmente *The Plague of Phantasies*. Verso: New York, 1997, pp. 74 -113.



ca para confrontar a los narcos, porque no hay ley que contenga sus crímenes¹³.

Hasta aquí el acercamiento que he propuesto mira a las obras como parte de un fenómeno. Sin embargo, reconozco que es importantísimo distinguir las diferentes visiones que cada una de ellas da de los sicarios. Lo que para efectos de mi análisis quiero subrayar, es que si algo tienen en común estas obras, es que generan un discurso alrededor de una culpa colectiva. “El desbarajuste de Colombia es algo que nos pasó a todos, todos somos responsables por esto que sucede,” como dice Fernando, el personaje autobiográfico de la obra de Fernando Vallejo. Pero como aprendimos con Primo Levi, toda culpa colectiva absuelve a los individuos de sus responsabilidades personales. La culpa colectiva neutraliza la situación y exime a los sujetos de tomar una posición reflexiva sobre los hechos, o para usar los términos de moda en discusiones de nuestro campo, se los exime de tomar una posición ética frente a la historia (quizá por eso la importancia del sicario como chivo expiatorio).

13 García Márquez cuenta que una vez el Presidente Gaviria le pregunta a Rafael Pardo Rueda, entonces encargado de Seguridad: “Dígame una cosa, Rafael, ¿a usted no le preocupa que uno de esos tipos se entregue de pronto a la justicia y no tengamos ningún cargo contra él para ponerlo preso?” Gabriel García Márquez. Noticia de un secuestro. Norma: Bogotá, 1994, p. 80. Esta paradójica aseveración muestra cómo, por un lado, los políticos buscaban implementar leyes que establecieran un orden y, por otro, la falta de leyes y las dificultades que enfrentaban para crearlas, llevó al país a un caos profundo. Esas eran las condiciones que se vivían en Colombia y que contribuyeron a la tragedia que se vivió en los años que siguieron en los que se pagaba los errores de la doble moral de la élite y el odio de Pablo Escobar hacia esa élite.

La otra cara de la violencia

En este contexto, la obra de Darío Jaramillo, *Cartas cruzadas* (Alfaguara: Madrid, 1994), es excéntrica, ya que se trata sobre la participación personal de los protagonistas en el proceso de descomposición social. La novela es de una profunda introspección cuya búsqueda gira en torno a la pregunta sobre la propia conciencia, la del autor y la de su clase. El interés en la novela se desplaza de la historia pública hacia la historia privada, la de los individuos y de las transformaciones en sus relaciones afectivas. La novela es, entre muchas otras cosas, una triste historia de amor. En ella, el autor muestra cómo, en los años que preceden el asesinato de Lara Bonilla y a la ola de violencia desencadenada por los narcos, la inmensa cantidad de dinero que circulaba en el país transformó a Colombia en una sociedad decadente y sin valores. El relato borra las dicotomías fáciles que se habían establecido como norma de representación en los noventa, porque hace evidentes los problemas que surgen cuando el enriquecimiento fácil e inmediato se vuelve una forma de vida en todos los estratos de la sociedad.

Entonces *Cartas cruzadas* invierte el argumento: el problema del narcotráfico no es la violencia, sino más bien la gestación de una sociedad despiadada. Se plantea que la verdadera lacra que trajo el negocio fue imponer una manera de relacionarse con el entorno única y exclusivamente a través del dinero.

Leída en contexto y en contraste con las obras de la sicaresca, esta novela hace



La consecuencia de este razonamiento tiene una verdad cruel que la articulan los sicarios cuando explican sus crímenes: “yo sólo hago el trabajo, culpables son los que me pagan”.

evidente –por omisión acaso– que el interés por los sicarios responde a la necesidad de organizar un discurso moral que absuelva a ciertos sectores de la sociedad y condene a otros. Es decir, que genere una memoria y, sobre todo, que asegure un olvido. En la necesidad de legitimar al narcotráfico como crimen de estado y sobre todo, como causa de todos los males de Colombia, el discurso político se convierte en un alegato moral, y sus desertores, los adictos, los narcos y sus sicarios, son los culpables. Todos los demás tratan de desvincularse públicamente de aquella fuente de dinero de la que gozaron, porque admitir su participación con los narcos sería ir en contra de la filosofía misma que legitima la riqueza y la posición hegemónica en la sociedad. El dinero caliente no tiene el valor que se le atribuye al patrimonio del esfuerzo, del esmero y hasta del linaje. El dinero caliente es, en ese sentido, mucho más democrático y esa es una de las aporías del narcotráfico que, como bien afirma Carlos Monsiváis, no es la causa, sino el producto más grave de la ética neoliberal. La consecuencia de este razonamiento tiene una verdad cruel que la articulan los sicarios cuando explican sus crímenes: “yo sólo hago el trabajo, culpables son los que

me pagan”. Su justificación es amoral y eso es lo que hace del sicario el protagonista de crónicas, películas y novelas, porque su posición nos deja perplejos. El fundamento de su lógica, sin embargo, tiene orígenes en un proceso general de decadencia cuya descripción es difícil de articular¹⁴.

Cartas cruzadas

He llegado al final de mi recorrido. En el momento de comenzar la segunda parte del ensayo, el análisis de *Cartas cruzadas*, me pregunto si la propuesta de Darío Jaramillo es confrontar esa versión, casi de sentido común, que da el estado y la promociona el mercado de lo que sucede en Colombia en los noventa y que está retratada en la cara infantil de aquellos ángeles de lo perverso, los sicarios. La novela ciertamente irrumpe con una mirada que busca el interior para explorar algo complejo: un proceso de decadencia en el que es difícil marcar un principio y menos aún, determinar su fin. Necesariamente empiezo mi lectura pisando en ese vasto campo en el que las reflexiones sobre ética y representación y principalmente sobre literatura y política marcan los debates en nuestro campo. Convencida de que las respuestas acerca de la éti-

14 Cabe recordar que Darío Jaramillo escribe su novela después de perder su pierna por la explosión de una bomba atribuida a los narcos. En mi deseo de entender la articulación de una búsqueda ética, esta experiencia resulta importante ya que por ella, o pese a ella, Jaramillo se concentra en los procesos de decadencia en las relaciones afectivas, más que en el protagonismo de los sicarios.



ca no encuentran cauce en concepciones universales, sino en preocupaciones específicas, y de que no es la literatura, sino algunas obras en particular, las que nos pueden guiar a comprender los procesos humanos, propongo leer *Cartas Cruzadas* como una obra sobre el impacto del narcotráfico en Colombia, pero ante todo, como una novela epistolar, que reclama un análisis dentro de su propio registro.

El género epistolar comparte con el autobiográfico un fenómeno que constituye su mayor riqueza y a la vez su mayor complejidad epistemológica: el sujeto que crea se convierte en texto, en el objeto de la creación. El sujeto se auto-inventa, el texto se convierte en un segundo advenimiento, una autoconciencia autoconsciente. Pero el hecho de que el yo se 'cree' también se puede leer como una 'desapropiación' del yo. Es una manera de mirar al 'yo' con distancia. Hablando de la autobiografía, Paul De Man dice que no es un género literario sino una forma de textualidad que posee la estructura del conocimiento y de la lectura. Lo cual es aplicable a la mirada que Darío Jaramillo propone en su novela. Los personajes que escriben el relato son a su vez de quienes se escribe en el relato y las cartas exponen una doble mirada, aquella que en el cruce epistolar va tejiendo la historia, y la del testimonio individual que cada personaje da sobre los procesos internos. Esta mirada introspectiva está además reforzada por el diario de Esteban, único texto que no está en el cruce epistolar y que lo escribe uno de los protagonistas del relato, con quien se identifica el autor.



La correspondencia se da con mayor o menor intensidad entre todos los personajes. Como en toda novela epistolar hay un texto que contiene a los demás, en este caso es la carta que Raquel escribe a Juana, la que hilvana el resto de la correspondencia. Esteban es un joven de Medellín que mantiene relación epistolar con su amigo de la infancia Luis, joven también de Medellín que ahora es profesor de literatura en Bogotá.

Esteban viene de una familia adinerada, Luis es de clase media. Esteban es periodista deportivo, trabaja como locutor en una emisora y vive holgadamente por las rentas familiares. En Bogotá, Luis se enamora de una muchacha de la burguesía adinerada de Medellín, Raquel. Comparten un departamento sencillo y tiene una vida austera que es la que Luis paga con su sueldo de profesor. El dinero de la familia de Raquel nunca fue parte de la vida de la pareja, que en vez de tener aspiraciones materiales, aman sus oficios —el profesor, ella periodista—, sus libros y su música. Raquel tiene una hermana, Claudia, quien se casó, se divorció después de tener un hijo —Boris— y se fue a vivir a Nueva York donde conoció a Juana, su amante.



Dos categorías fundamentales se establecen en el encabezado de cada carta, el lugar y la fecha en la que se escribe. En esta novela, estas categorías, tiempo y espacio, son parte fundamental del gesto de introspección que propone su autor. La primera carta de Luis a Esteban, con la que inicia el relato, es de octubre de 1971 y la carta de Raquel a Juana, la que cumple una función de hilo narrativo, es de noviembre de 1983. El cruce epistolar transcurre en la década que antecede a la visibilidad de los narcos en el escenario público. Su recorrido, en cambio, marca el territorio imaginario de la nueva Colombia: Luis y Esteban se escriben entre Bogotá y Medellín. En Nueva York viven Claudia, Juana y en algún momento, Raquel y Luis. La madre de Claudia y Raquel, que había abandonado a sus hijas para irse con el psiquiatra que le trataba de su alcoholismo, está radicada en Miami. Así se cierra la geografía de la novela: Medellín, Bogotá, New York y Miami, las ciudades del narcotráfico de esa nueva 'Colombia' globalizada.

Todos los lugares comunes y los prejuicios respecto a la droga y al narcotráfico, los recoge Esteban y los revisa en su diario. Su voz es la que elabora profundas reflexiones sobre Colombia. Desde su constitución como una sociedad clasista hasta el fetiche de la palabra en un país dominado por una élite de gramáticos y abogados que poco o nada pueden decir ante los cambios vertiginosos que se experimentan en esos años. Cuenta los orígenes del negocio con la marihuana en la Guajira y los inicios del tráfico de co-

caína. Escribe con detalle sobre los precios de las drogas, los diferentes puntos de comercialización y algunas maneras en las que opera el negocio; así el relato desmitifica rumores. En sus intercambios con Claudia, bebedora y consumidora asidua de cocaína, Esteban discute los efectos de las drogas y la función de su severa prohibición. Claudia en algún momento parece víctima de la adicción, pero una hepatitis la condena a un período de abstinencia que la lleva también a dejar la cocaína. Queda claro que el problema de las drogas no es el consumo.

Estos largos tramos del relato también le permiten a Esteban cuestionarse sobre la legitimidad del negocio: ¿En qué se diferencia el dinero de los narcos de la fortuna de su padre o del de Raquel? ¿Acaso es que los primeros supieron ser discretos? ¿Es el error de los narcos, es su necesidad de mostrar, de mostrarse? No hay respuesta certera. El único argumento firme en contra del narcotráfico es que éste hizo de Colombia un país en donde todo era comprable, donde los problemas se resolvían con dinero, entonces las formas sociales de relacionarse pasan a ser el estupro, la coima, el secuestro, todo y todos tienen un precio.

Por historias de encuentros azarosos con antiguos conocidos del colegio o de la universidad, Esteban se entera de quienes empiezan a trabajar para los narcos en el tráfico de las drogas y sobre todo en el lavado de dinero. Para sorpresa suya, son muchos los amigos, conocidos y parientes que se han tentado con el negocio. La anécdota que más le llama la atención



y que quizá cumple la función de metáfora de todo el relato, es la que le cuenta un antiguo compañero de colegio que le confiesa haber tenido el trabajo más difícil en la industria del narcotráfico: el de contar dinero.

....El mayor problema consiste en qué hacer con el dinero, desde la manipulación, el conteo, el control y el transporte, hasta cómo invertirlo, cómo legalizarlo. Era una cosa de locos. Millones y millones y millones. Por libras, por kilos, por cajas, por toneladas. Era tan descocada la escena... que los novatos que traíamos a trabajar, al ver aquello, ese depósito de millones, entraban en un delirio, en una extraña locura. Acariciaban los billetes y se abrazaban con ellos, se los pasaban por toda la piel, indiferentes al olor que despedían, como si con ese frenesí extraño se contagiaran de riqueza... A los pocos minutos se ponían verdes, los ojos vidriosos como si la fetidez de los billetes les invadiera los pulmones en un solo golpe intempestivo, instantáneo y los dejara ahí fulminados (p. 354).

Este delirio con el dinero es el objeto de las extensas reflexiones de Esteban, que trata de encontrar explicaciones a la descomposición social que se vive, como quien trata de resolver un acertijo.

Pero si Esteban es el personaje de la reflexión, Luis es el personaje de la transformación. En su estancia en Nueva York, mientras termina su doctorado en literatura latinoamericana, escuchando las historias de su amigo Esteban, que acababa de heredar la enorme fortuna de su padre, Luis

empieza a experimentar una profunda codicia. Codicia que además la inculca su cuñado Pelusa, que lo ha invitado a ganarse dinero fácil colaborando con él. Poco a poco Luis deja de ser el hombre de gustos simples y amor por los libros, para convertirse en un hombre interesado por las marcas, los carros, los lujos. Esa codicia se gesta en la Gran Manzana, capital del consumo, pero crece en Colombia, donde Luis se convierte en un hombre de gustos exquisitos, viste el uniforme de los narcos, camisa de seda, reloj de lujo y desarrolla nuevas tendencias en su manera de socializar: consume alcohol, cocaína y sale con otras mujeres. No hay rastro en él del profesor de literatura, amante de Rubén Darío, con ideales de izquierda, al que tanto amó Raquel. Luis se vuelve un hombre paranoico y lleno de secretos. Es un desconocido para Esteban y más aun para Raquel¹⁵.

Es Raquel quien mejor reporta los cambios en su amante. Luis empezó a mentir, aduciendo que iba a dar conferencias en universidades al interior del país, y hacía viajes cortos a Miami. Cuando Raquel encuentra los pases de abordar, descubre la mentira y comprende que el verdadero viaje que Luis había emprendido no tenía regreso. Pese a la transformación de Luis, ellos siguen viviendo juntos y hacen algunos viajes en los que ella le ayuda y abre algunas cuentas bancarias bajo su nom-

15 Cabe decir que las visiones de Luis sobre Rubén Darío y el Modernismo son bastante tradicionales. Lo que más admira él sobre el movimiento es la idea de *laissez-faire* y la admiración por el individualismo. Esa lectura marca también su propia postura intelectual.



bre. Raquel sabe que infringe algo, que no es fácil de determinar. Lo hace porque ama profundamente a Luis, y porque todas estas operaciones con el dinero están muy distantes del negocio que lo genera. Su colaboración es, paradójicamente, su resistencia a aceptar que su compañero se había transformado en un narcotraficante. Describe su alienación con detalle en la extensa carta que escribe a Juana. Esa carta es la repetición de una pregunta que pese a que organiza todo el relato, no puede llegar a resolverse, a dar una respuesta concluyente ¿Qué le pasó a Luis? ¿Qué le pasó a Colombia?

Harto de las frustraciones propias del trabajo académico, y sin la necesidad de trabajar para la universidad, Luis decide renunciar. Está sumergido en la arrogancia de quien no necesita de nadie. Su prepotencia y la de sus nuevos amigos –observa Esteban en su diario- son los valores que lastimosamente asume el resto de la sociedad. Todo tiene un precio y quien no tiene dinero, se pone un precio para tenerlo.

En el apogeo de su riqueza, Luis compra a la familia de Esteban un departamento de lujo para su mamá. La familia de Esteban, dedicada al negocio de la construcción y bienes raíces, disfrutaba del auge de su negocios que fue uno de los más beneficiados por las inversiones de los narcos. La madre de Luis, sin embargo, nunca cambió su modesto apartamento con aquel que su hijo le había comprado. Hacia el final del relato, Luis, acorralado por sus propios compañeros de negocio que ya habían matado a su

cuñado y con la certeza de que él sería la próxima víctima, decide esconderse ahí. Esteban es el único vínculo con el mundo exterior y le apera con comida, whisky, cigarrillos, algunos libros y su música favorita. En esta época de encierro los amigos retoman algo de la complicidad que había hecho su amistad. Luis y Esteban tenían una pasión común, la poesía. Esteban escribe sin decidirse a ser poeta. Luis estudia a Rubén Darío y – con la tesis que escribió sobre su obra en la universidad en Nueva York- se había convertido en un experto del Modernismo. Este gusto compartido le permite al autor poner en el intercambio epistolar entre los amigos, reflexiones sobre la poesía, sobre las dificultades del oficio e incluso incluir alguna de sus obras como piezas escritas por Esteban (se explica porque Darío Jaramillo es uno de los poetas colombianos más conocidos dentro y fuera del país).

Este diálogo permanente sobre poesía mantiene al lector atento a esa preocupación por la literatura que sostiene el relato. Hay un eco de los versos de Rubén Darío, [“Yo persigo una forma...”,] porque para el poeta, autor de *Cartas cruzadas*, no es concebible un relato realista sin la exigencia de la perfección de su forma. Ese doble movimiento se objetiviza en el recurso que adopta para escribir la novela. La carta en la que los personajes cuentan la historia y se narran a sí mismos. La carta es el centro de la narrativa. Es por esto que la historia, además, establece su genealogía propia al mencionar dos relatos fundamentales que son la clave de mi reflexión final.



La primera obra es *El Coronel no tiene quien le escriba*. Raquel cuenta que en medio de esa alienación de hoteles de lujo y cuentas bancarias, en uno de esos viajes en que visitan a Juana, a Claudia y a Boris en Nueva York, fue la última vez que vio a Luis disfrutando de la literatura; los adultos deciden leer a Boris esta obra de García Márquez en voz alta. La segunda obra es *The Purloined Letter* de E. A. Poe. Cuando Luis se esconde en el apartamento que él había comprado a su madre, Esteban intrigado le pregunta porqué había decidido esconderse ahí, en ese lugar, tan obvio en Medellín y en su propio apartamento. Luis confiesa que sigue la lógica de Poe. Pocos días después, Luis desaparece del departamento, de Medellín y de las vidas de Raquel y Esteban, sin dejar rastro.

Cartas cruzadas se desdobra en dos historias –en las que el objeto central de la narrativa es también una carta y que son las que las contienen–. *El coronel no tiene quien le escriba* tiene que ver con la Colombia rural en la que los años de “la violencia” dejó una marca que García Márquez también registró a través de una carta. Una carta que nunca llegó a su destino, o mejor dicho, que nunca se escribió, pero que marcó la vida de muchos. La mierda que decide comer el Coronel al final del relato, confirma esa ambigua realidad de que la carta fue lo que hizo y lo que acabó con la vida del Coronel. Con *The Purloined Letter* la novela se desdobra

en la oblicua realidad de Poe en esa carta robada. Dupin descubre el escondite de la carta que el comisario no supo encontrar porque su lógica es la de *examinar en la oscuridad*. Acaso eso es lo que hace Darío Jaramillo en un relato en el que examina aquello que no estaba a la luz, por su repliega en la intimidad. Si la carta de García Márquez sirve para mostrar las amarguras de la espera, la de Poe muestra las complacencias del método en la búsqueda. En ambos casos el contenido de las cartas está en un espacio opaco (lo que en el inglés de Poe se dice *odd o bizarre*). No en vano Lacan encuentra en el cuento de Poe el caso perfecto para ilustrar su concepción del lenguaje, estructurante e inasible a la vez.

Cartas cruzadas muestra que la literatura constituye un aspecto fundamental de la existencia, pero que más allá de lo que se narra, del argumento de la historia –en este caso de lo que contienen las cartas– hay una verdad que no se puede articular. Por eso Luis se desvanece de la historia. Su muerte o su captura significarían concluir el relato con un orden, el escatológico o el jurídico. Pero la ubicuidad de su paradero al final de la historia propone una narrativa en la que la verdad se muestra como un proceso, estructurante e inasible a la vez. En ese sentido la literatura –el arte quizá– sea la más adecuada manera de articular un argumento ético. Porque ambos están determinados por la búsqueda y están fuera del reino de lo obvio.

